

mis ojos, y para corresponder á estos favores; solo cometes pecados, solo me pagas con ultrages? Si alguna otra hubiese recibido las

FRUTO.

RUEGA á Dios que te conceda la luz y gracia necesarias para corresponder á sus invitaciones y para cumplir con tus deberes, para que no seas del número de aquellos infelices que viendo no ven, y oyendo no oyen ni atienden. Resuélvete ya á entregarte del todo y con sinceridad en las manos de este Dios misericordioso y tierno, que de tantos modos te busca, te llama, te pide una conversion verdadera. Si no te resuelves, si cierras tus oídos á la voz del cielo y tu corazón á la gracia, vas corriendo al precipicio. Repasa en tu memoria todos los pecados de tu vida, y en vista de tantas iniquidades humíllate profundamente y forma la resolution de no ofender mas á Dios. Muy lejos de que hayas de abartirte al considerar la multitud y enormidad de tus pecados, ese pensamiento debe reanimar tu espíritu y ofrecerte ocasion de confiar en la misericordia de Dios y en los méritos de Jesucristo, esperando que te perdonará tus faltas y te concederá su gracia para servirle con fidelidad en lo sucesivo.

CAPITULO XXI.

CAPITULO XX.

PERFECCION.

I. NADA impuro, hija mia, nada impuro puede entrar en mi reino. He aquí la razon por que debes á toda costa defender tu alma de los ataques del demonio y preservarla de las manchas del pecado. Mas no basta que te halles libre de ellas que dan muerte al alma: es muy de desear que evites esos pecados veniales, que aunque no le dan muerte, la alejan de mi bienaventuranza si sale del mundo sin haberlas expiado, y que en todo caso la entibian, y detienen la efusion de mis gracias. Vigila, pues, y está alerta. Si cayeres en alguna falta aunque ligerísima, no tardes en levantarte. Animo, hija mia, que yo siempre estoy á tu lado para tenderte una mano compasiva. Mientras mas puro sea tu corazón, mas me agradará bajar á él, y mientras mas lo adornes con virtudes, mas me complaceré de hacerlo mi morada predilecta. ¡Qué inefable felicidad la de poseer á tu Criador, á tu Señor, á tu Juez y á tu Dios! ¡Qué

mis ojos, y para corresponder á estos favores, ¿solo cometes pecados, solo me pagas con ultrajes? Si alguna otra hubiese recibido las

gloria para tí el alojar al Rey soberano del cielo y de la tierra, el conversar con su Magestad familiarmente, y recibir sus íntimas caricias y sus gracias mas señaladas!

II. Sábetete que cuando hayas desterrado de tu alma todo afecto al pecado, estás en el camino de la perfeccion. ¡Grande é importantísima verdad, hija mia!—¿Y quién puede ser perfecto sino mi Padre celestial? Y siendo así, ¿quién de los débiles hombres, cuál de las frágiles mugeres, me dirás, puede subir á la perfeccion? Tú, hija mia, si tú quieres. Por tí misma nada puedes: con mi gracia ¿qué no puedes? Regada con mi sangre divina, ¿cómo no brotarás y te elevarás á la vida eterna, planta feliz y privilegiada? Pero la perfeccion no es negocio de un dia, ni tampoco un deseo vano y estéril: es obra de la vida entera, resultado de largos esfuerzos, corona de una lucha perpetua. No busques muy lejos este estado feliz: está cerca de tí, está en tu mano. Para hallarlo, no es menester que corras hasta las estremidades del mundo, ni que hagas acciones brillantes, ni que apures los tormentos en un cruel martirio. Nada de esto te pido: conozco tus fuerzas: bien sé hasta donde alcanzan, y nada te ecsijo que no

CAPITULO XXI.

esté dentro de los límites de tu talento y facultades. Soy un Dios bueno, un padre tierno y clemente.

III. La perfeccion, te lo vuelvo á decir, está en tu mano: esa conquista brillante estará fácilmente á tus piés, y esto sin salir de tu monasterio, de tus obligaciones mas sencillas, de tus funciones diarias. ¿En dónde te he colocado? ¿Qué pido yo de tí? ¿Qué quieren tus superiores? ¿Qué es lo que ecsige la madre que te he dado en esta piadosa casa? Esto es lo que debes tener muy presente, no solo para saberlo, sino ante todo para practicarlo. Camina si se te manda que camines. Vence las repugnancias de la carne. Deja lo que mas te agrada, por hacer una obra sencilla y baja en apariencia. Ninguna resistencia á tus superiores: nada hagas animada de la emulacion: atiende á mí solo en todas tus acciones. Las mas ordinarias se ennoblecen cuando se hacen por mí: las mas heróicas nada son cuando las dicta el egoismo ó se hacen por una vana complacencia. Pasa de una accion á otra con calma y serenidad. Si hoy nada bueno has hecho, pídemelo con humildad perdon, y proponte para mañana obrar mejor. Nunca ecsamines lo que pasa al rededor de

mis ojos, y para corresponder á estos favores ¿solo cometes pecados, solo me pagas con mil trages? Si alguna otra hubiese recibido las

tí: á nadie juzgues porque á mí pertenece el juicio. Y si juzgas, júzgate á tí misma.

FRUTO.

Muchos muestran celo por la gloria de Dios, y hacen frecuentes y largas oraciones; ¿pero basta eso solo? No, porque si despues de haber asistido al sacrificio de la Santa Misa vuelven á sus deberes con la misma frialdad é inaccion que primero, ¿será probable que hayan llevado á la presencia de Jesucristo intenciones generosas y robustas? Si cumplimos nuestras obligaciones murmurando y con el corazon poco satisfecho, ¿será verdad que progresamos en la virtud?

¡A cada paso, cuántos cristianos, cuántas religiosas no vemos que por haber clamado Señor, Señor, piensan haber adelantado mucho! Recibe colmadamente mis bendiciones, no el que esclama incesantemente Señor, Señor, sino el que pone en práctica mi voluntad y la de sus superiores.

CAPITULO XXI.

RELACIONES CON EL MUNDO.

I. **H**ija mia, aunque ahora vives en la soledad y estás retirada del mundo, será preciso que alguna vez te encuentres en medio de las tempestades que lo agitan, respirar el aire que respira, oir el lenguaje que habla, y vivir en algun modo con su misma vida. No te asustes por esta necesidad: acaso en ello se interesa tu salvacion. ¿Quién es capaz de penetrar mis designios? Todo camino conduce á la salvacion, con tal que mi luz sea la que guie é ilumine al caminante. Vé pues confiada en mi ausilio á donde te llame mi voluntad ó la de tus superiores. Si dejas tu celda solo para ir á la puerta del monasterio, á la reja del claustro, cuidado! piensa siempre en mí, piensa en la paz de tu santa casa; y en las conversaciones que tuvieres con las personas de afuera, esfuérzate por edificarlas en todo. Sean tus palabras sencillas, llenas de rectitud y candor: nada de hinchazon; nada de afectacion: ningun vano artificio en las espresiones, ninguna de esas frias insulseces

obediencia te vuelvan á poner en el mundo que has abandonado, debes suspirar por el instante en que puedas volver al lugar de tu

que aun los mundanos condenan. Presida la caridad á todos tus pensamientos y palabras. Haz de manera que los que te escuchan se retiren persuadidos de que eres una muger adornada de grandes virtudes, una buena religiosa que ora y trabaja en el claustro, que sabe presentarse con dignidad á las miradas del siglo, y que comprende el Evangelio en sus preceptos y en sus mas recónditos arcanos.

II. Esta reja que del mundo te separa, es bien débil si se mira en sí misma. Mas si no echas en olvido la distancia que entre tí y el siglo debe haber, será mas espesa, mas impenetrable que las mas fuertes murallas. Verdad es que tu voz puede oirse al otro lado; pero los deseos de tu alma y los afectos de tu corazon deben permanecer adentro. El perfume de tus virtudes se difundirá al exterior; y el aire corrompido que respiran los hijos de Adan, solo llegará á tí para desvanecerse á tus piés. ¡Oh! cuán hermoso es sentir de esa manera las promesas que se me han hecho, los compromisos que conmigo se han contraído! ¡qué hermoso es, hija mia, no anhelar ya por la tierra de Egipto, despues de haberse adelantado por las estaciones del desierto! Si

cuando estás frente á frente de memorias juveniles, de personas acaso muy queridas, te viene un sentimiento involuntario por las dulzuras que has abandonado, por los placeres renunciados, desecha esos pensamientos seductores y pide á mi cruz otros de mas recogimiento. La naturaleza es débil: es preciso que el espíritu se esfuerce. Cuando la tentacion ostenta todos sus prestigios, es cuando tú debes desplegar toda tu energía y poder. No se obtiene el triunfo sino despues del combate. El tiempo de la lucha no es largo, y el vencedor recibe una corona que jamás se marchita.

III. Aun puede suceder que, segun tu regla, estés en relacion frecuente y en contacto inmediato con el mundo, y tambien que diariamente vivas con él. Tanto mejor para tí, si eres fuerte y vigilante, si tienes buena voluntad. Los peligros serán mas numerosos, es verdad, y las seducciones mas fuertes; pero tambien los triunfos serán mas hermosos y nobles. Así, pues, hija mia, sea que yo te llame á velar á la cabecera de mis pobres enfermos que padecen ó se hallan moribundos, ó bien al socorro de los pobres que son miembros de mi cuerpo, ó bien á instruir á los ni-

obediencia te vuelvan a poner en el mundo que has abandonado, debes suspirar por el instante en que puedas volver al lugar de tu

ños que yo he colmado de mis bendiciones: camina con valor por el sendero que mi luz te mostrare, cuida del enfermo en su cama, dale el remedio temporal y el consuelo de la fé, que es la saludable medicina de la eternidad: asiste á los niños á quienes su pobreza acarrea desnudez y sufrimientos: que tu afebilidad, tu dulzura y tus ausilios minoren su padecer: instrúyelos, enséñales á amar al Dios que los ha criado. Repíteles que cuando estuve en el mundo yo bendecía su edad inocente, y diles que es menester que vivan siempre con sencillez y candor si quieren entrar en mi reino y sentarse á mi diestra. A donde quiera que fueres, haz los mayores esfuerzos por edificar á tu prójimo: que le edifique tu paso, tu aire, tus palabras, tus miradas, toda tu persona. Ni afectacion ni escesiva austeridad: ninguna libertad, nada de familiaridad. Una virtud rústica é inculta desagrada; pero la virtud demasiado expansiva está á riesgo de corromperse y de ser mal interpretada.

FRUTO.

LA regla de oro de conducta para una religiosa, es la de mantenerse siempre tranquila

rás en tus hermanas defectos; tú tambien los tienes: algunas imperfecciones de que estás tú llena; pero á pesar de ese conocimiento usa

y recogida, siempre en la presencia de Dios, haga lo que hiciere. Solo una constante igualdad de ánimo puede facilitarnos el cumplimiento de nuestras obligaciones. No basta que la religiosa tenga virtudes para sí sola; ha de tenerlas, ademas, para el prójimo, dándole buenos ejemplos. Así, cuando se presente en público, será bien que lo haga con decencia y dignidad, que no se deje llevar de la curiosidad, ni se ocupe en objetos exteriores, sino que esté constantemente recogida, y persuada á los otros con su presencia, las virtudes con que el verdadero cristiano se adorna y engalana.

CAPITULO XXII.

CONDUCTA DENTRO DEL MONASTERIO.

I. EL monasterio es la mansion que de preferencia has escogido, y has de anhelar por encontrarte siempre en él, porque en cualquiera otra parte estarias fuera de tu lugar natural. Así es que, cuando el deber y la obediencia te vuelvan á poner en el mundo que has abandonado, debes suspirar por el instante en que puedas volver al lugar de tu

ños que yo he colmado de mis bendiciones: camina con valor por el sendero que mi luz te mostrare, cuida del enfermo en su cama,

quietud y santificacion, aunque la santificacion donde quiera se alcanza. Pobre ó rica, con reputacion ó sin ella, debes desear tu monasterio; porque en él te consagras enteramente á mí y atesoras virtudes para la eternidad. No desees su prosperidad temporal, sino hasta donde sea de mi agrado, y por nada material te acongojes. Las aves del cielo, los insectos que están espuestos á la lluvia, á las tempestades, al frio, no tienen casas ni tesoro, y mira cómo, sin embargo, mi Providencia y bondad los alimenta y abriga. El lirio de los campos no hila ni siembra, y míralo no obstante como al calor de mi sol se levanta medrado y lleno de lozanía: míralo ufano con su gracia y belleza. Así, pues, por nada te inquietes, y deja que todo suceda como agrade á tu Dios y Salvador. Si tienes poco, conténtate con eso, pues no mereces mas. Por otra parte, la riqueza enerva: las comodidades de la vida acaban por arruinar las fuerzas del alma.

II. Para que alcances la santidad, no basta que vivas en una casa en donde habite la virtud, cercada por muros de los cuales cada piedra está echshortándote á seguirla: no basta que tus hermanas de retiro conozcan el ca-

rás en tus hermanas defectos; tú tambien los tienes: algunas imperfecciones de que estás tú llena; pero á pesar de ese conocimiento usa

mino del cielo. Lo que importa es que comprendas los deberes que la vida religiosa te impone y la piedad que el claustro ecsige de tí. Los santos muros que te rodean no te santificarán si tú rehusas hacerlo. El medio, pues, para llegar á la santidad, es complacerse en los ejercicios del monasterio, en los humildes y al parecer bajos oficios que la regla prescribe, en las menores observancias á cuyo cumplimiento te llama cada dia, cada hora, cada minuto. Amando todas estas cosas, modestas en verdad y sin brillo, pero grandes y sublimes á mis ojos cuando se hacen por mi amor, te hallarás mas y mas dispuesta á practicarlas con orden, celo y prontitud. A lo único que atiende es á la buena voluntad, y ésta en cualquiera momento puede tenerse. Por la mañana, cuando mi voz te llama, levántate y corre á emplearte en mi servicio: dame luego todo tu corazon y conságrame tus pensamientos, y aun cuando despues se te escapara alguna imperfeccion, aquel generoso ofrecimiento del dia entero me haria olvidar las debilidades de tu naturaleza; porque tu intencion habia sido pura y consagrada primeramente á mí. Cuando sea tiempo de hacer oracion, pídemme con fervor y sencii-

ños que yo he colmado de mis bendiciones: camina con valor por el sendero que mi híz te mostrare, cuida del enfermo en su cama,

llez todas las gracias que te son necesarias. Cuando sea menester que repares las fuerzas del cuerpo, ó por el descanso ó por el alimento, hazlo con relacion á Dios, y todo será bueno y meritorio. Bien sea que tengas el cargo de dirigir á tus hermanas ó que desempeñes los últimos ministerios; sea que debas presidir, sea que tengas que barrer el monasterio, observa la misma regla, sé siempre la misma y desempeña dignamente tus deberes, persuadida siempre de que es grande todo cuanto se haga por servirme.

III. Una vez que ames la casa en que has de vivir y acaso tambien morir, será mas fácil que ames á las religiosas en cuya compañía vives. No en vano llevan el tierno nombre de hermanas tuyas. Es menester que verdaderamente sean tus hermanas, y hermanas muy queridas, con tanta ternura amadas de tu corazon, como si todas tuviéseis una misma madre en el mundo. Hermanas hoy en la tierra, un dia lo sereis á mi lado en los cielos. Compañeras ahora en el destierro, si mutuamente os consolais, si os prestais un apoyo recíproco, entrareis juntas en la bienaventuranza, despues de haber juntas caminado por el sendero de la virtud. Encontra-

rás en tus hermanas defectos; tú tambien los tienes: algunas imperfecciones de que estás tú llena; pero á pesar de ese conocimiento usa con ellas de indulgencia, para que á su turno la usen contigo. No hagas caso de la viveza de genio de ésta, ni de los arrebatos de aquella. ¿Qué sabes tú de su interior? Hay espíritus menos impasibles que otros, y cuando piensas que son culpables porque crees que se olvidan de sí mismos, están haciendo una extrema violencia, y á mis ojos merecen una brillante corona por haber luchado. Ante todo, procura conocerte, piensa en tí misma. Tu hermana es débil por este lado: tú lo eres por otro. La indulgencia y la concordia obviarán muchísimos males. ¿Querrias tú alimentar dentro del claustro esas ridículas antipatías que las mundanas conservan y avivan para perjudicarse las unas á las otras? Esto en una esposa de Jesucristo, es un crimen monstruoso que castigaré severísimamente, porque destruye mi reino espiritual.

FRUTO.

TEN presente que á la religiosa le importa amar su monasterio, es decir, ese lugar de si-

LA oracion es la llave del cielo: ella es la que nos abre las puertas de ese reino santo y

lencio y trabajo donde es preciso que labre su salvacion. Recuerda que le importa mucho amar á sus compañeras; que con su ejemplo les persuada la virtud, y anhele por sus progresos en el camino de la virtud. El que las religiosas se toleren con paciencia sus defectos: el que no se aficionen á las personas de mas confrontacion, y que se profesen mutuamente un santo y piadoso afecto, he aquí lo que consolida un monasterio, lo que fomenta nobles sentimientos y da á luz heróicas acciones, lo que sostiene y consueta á las almas débiles, lo que proporciona á la esposa de Jesucristo una felicidad pura y sencilla.

CAPITULO XXIII.

DE LA ORACION.

I. HIJA mia, nada puedes sin mí, y por lo mismo debes pedirme fuerza para hacer lo que te prescribo. Yo soy quien te dí el ser, quien te he enriquecido con todos los bienes que posees, y como criatura mia, justo es que te sometas á mí, que reconozcas mi imperio. El medio mejor de que manifiestes que lo reconoces es la oracion: la oracion de mis hijos

apoyo reciproco, entrareis juntas en la bienaventuranza, despues de haber juntas caminado por el sendero de la virtud. Encuentra-

es un homenaje con que acatan mi poder. Mientras estuve en el mundo, ¿no te dí acaso muchos ejemplos de esta clase que imitar? Así en mi niñez como en edad mas avanzada, ¿no hacia yo siempre oracion á mi Padre celestial? Ademas, en mi Evangelio te enseñé el modo de hacerla, y lo que debes pedirme cada dia. Medita bien esa oracion que te he dejado en el nombre de mi Padre y en el mio. Ella espresa todo lo que necesitas, así para la vida del alma como para la del cuerpo. Ninguna oracion me agrada tanto como ésta, y por esto la enseñé á mis apóstoles.

II. Todo lo que tú necesitas, ella lo contiene. Ruega ante todo á mi Padre que te conceda fuerza para seguir en todo su divina voluntad, porque en esto se encierra la ley. Sea que tu cuerpo padezca ó esté sano, siendo esta la voluntad de mi Padre y la mia, acepta con resignacion la prosperidad así como la miseria y el dolor. Si eres rica, bendice al Dios que te enriquece: si pobre, bendícelo tambien, y reconoce que no mereces gozar de los bienes de la tierra, y que acaso ellos te perderian. Ruega por todos los que conocen mi nombre y lo veneran: ruega por los que lo ignoran y blasfeman. Ruega por esas des-

LA oracion es la llave del cielo: ella es la que nos abre las puertas de ese reino santo y

graciadas que sin pudor venden su alma y su cuerpo á las pasiones mas abyectas. Ruega por los que andan en sendas tenebrosas. Ruega por los pastores de mi Iglesia para que vigilen sobre mi rebaño, para que lo edifiquen con sus buenos ejemplos y estirpen la zizaña de los errores. Pide por las religiosas tus hermanas, que hoy viven contigo en la tierra, y que un día habitarán como tú, en las mansiones celestiales. Ruega que todas os reunais allí para bendecirme como en la tierra me habreis bendecido. Pide por los pobres enfermos cuyos sufrimientos traspasan de compasion las entrañas. Pide por los que estén poseidos de desesperacion. Recorre en tu oracion todos las miserias humanas, y estiende tu amor al mundo entero.

III. Es menester, hija mia, orar incesantemente y sin descanso. Y qué, si bien se examina, ¿te es tan penoso pensar en tu Criador, en tu Dios y en tu Padre? ¿No querrás siempre tener en tu memoria al Esposo celestial, que ha de ser tu premio por toda la eternidad? Puedes orar en todo lugar y por todos tus hermanos: puedes orar en los dias de fiesta como en los que no lo sean, en el templo y fuera de él. Puedes elevar á mí tu co-

apoyo reciproco, entrareis juntas en la bienaventuranza, despues de haber juntas caminado por el sendero de la virtud. Encontra-

ras, sino que, con los ojos fijos en tu nada, atribuye solamente á mí todo el bien de que eres feliz instrumento. Hay quienes no sa-

razon de mañana al levantarte, por la noche al recojerte para descansar. Puedes hacer oracion cuando tomes alimento, cuando trabajes, cuando leas, cuando camines. Por cualquier acontecimiento puedes hacer oracion. Puedes de rodillas, puedes hacerla en pié. La oracion que te pido es del corazon: es la que sube á mí pura y ardiente, llena de sencillez y candor. No quiero que con violencia se me tribute culto: quiero ante todo un amor filial que se arroje en mis brazos, que me abra su alma herida por el dolor, que me muestre sus llagas pidiéndome que las cure: que me confiese sus pecados, llorando sus funestos errores: que vuelva á mí contrito y humillado y lleno de vergüenza, como rendido á la fuerza del dolor, pero abrigando al mismo tiempo la mas firme esperanza. ¿Por qué hemos de temblar cuando llegamos á los piés de un padre, si venimos conducidos por un arrepentimiento sincero y robustecidos en el propósito de no ofenderle mas?

FRUTO.

La oracion es la llave del cielo: ella es la que nos abre las puertas de ese reino santo y

graciadas que sin pudor venden su alma y su cuerpo á las pasiones mas abyeetas. Ruega por los que andan en sendas tenebrosas.

desarma la cólera de Dios. La oracion es un deber para cualquier cristiano, pero mas especialmente para una religiosa, que solo está en el claustro para pensar en Dios, en cualquier lugar y en todo tiempo. Píde, pues, al Señor, que salve al mundo, porque estás obligada á rogar por los que se olvidan de su salvacion. Pídele que te salve, porque al tiempo de orar por los demas debes tambien pensar en tí. Rogar á Dios, pedirle por nuestros hermanos y hermanas de la tierra, es establecer la union mas tierna entre todos los miembros de esa inmensa familia cuyo padre es el Señor.

CAPITULO XXIV.

DISCRECION Y MODERACION.

I. Es menester, hija mia, que tus ejercicios vayan siempre acompañados de la humildad y sean dirigidos por la prudencia, no sea que sin el influjo de estas dos virtudes, que dan á las acciones el temple conveniente, perjudiques á tu alma é inutilices tus talentos: no sea que queriendo practicar buenas obras exteriores y corporales, estorbes el arraigo de

ras, sino que, con los ojos fijos en tu nada, atribuye solamente á mí todo el bien de que eres feliz instrumento. Hay quienes no sa-

los bienes del espíritu, los mas preciosos entre todos, y que de esta manera dejes los sólidos por correr tras de los aparentes: no sea que practicando, al parecer, una virtud, hieras por algun lado la caridad. Ten en consideracion la debilidad de tu cuerpo, mide tus fuerzas, no las agotes: y para estar segura de que las empleas con prudencia, ponte bajo la direccion de un hombre que me tema, ó sométete sin limitacion á las órdenes de tu superiora. No formes algun designio, no hagas alguna variacion en tus ejercicios, bien sea añadiendo, bien quitando algo de ellos, sin que antes la consultes y obtengas para ello su espresa voluntad y mandato. Por esta razon, si tu superiora, bajo cuya responsabilidad está la salvacion de tu alma, y que es quien me representa en el ejercicio de ese cargo, te prohíbe el ayuno ó cualquiera otra cosa cuyo uso en sí mismo no sea un pecado, obedécele con puntualidad, y está persuadida de que, teniendo un conocimiento esacto de tus disposiciones, juzga con acierto de lo que es necesario ó perjudicial á tu salvacion. Así, hija mia, aun cuando te mandara que al dia comieras ocho veces, no me ofenderias si lo hacias por obediencia. No dejes sin embar-

graciadas que sin pudor venden su alma y su cuerpo á las pasiones mas abyectas. Ruega por los que andan en sendas tenebrosas.

go de conservar ese deseo de ayunar en el caso de ser libre para poner en práctica tu propia voluntad. Y considera, que si por obediencia comes, te recompensaré al doble, mientras que si ayunas, no obtendrás de mí sino una simple recompensa. Porque la buena voluntad de ayunar, así como los frutos de ella, nada perderá de su mérito si comes solo por obediencia, y puesto que solo por practicar esta virtud te privas de poner en ejercicio aquel deseo, recibirás á un tiempo la recompensa de la sumision y del ayuno.

II. No te afanes buscando en tí misma y en tus hermanas otra cosa que mi gloria, y emplea todo tu celo y cuantos medios estén en tu mano para procurarla donde quiera y en todas las acciones. No te descuides en las buenas obras, de hacer tú misma la parte que puedes hacer: esfuerzate por adelantar lo posible en la vida espiritual, y por hacer cada dia nuevos y mayores progresos. Pero en medio de estos esfuerzos, de estas santas ocupaciones, de estos ejercicios de piedad y de la práctica de las buenas obras, guárdate de regocijarte en tí misma, de experimentar complacencia y satisfaccion, como si fueras de algun valor, y como si algo poseyeras ó pudie-

ras, sino que, con los ojos fijos en tu nada, atribuye solamente á mí todo el bien de que eres feliz instrumento. Hay quienes no satisfechos con el yugo que les impongo, maltratan sus cuerpos con mortificaciones indiscretas, y no solo se debilitan para el combate espiritual y arruinan todas las disposiciones que deberian tener para seguirme y obedecerme, sino que tambien por su poca sabiduría y prudencia se ven reducidas á tal cansancio, á un abatimiento tan prodigioso, que tienen que abandonar sus ejercicios espirituales, para aliviar sus cuerpos, y tener de ellos el cuidado que antes no tuvieron. Haz que sean proporcionados á tus fuerzas tus trabajos y ejercicios, no sea que te destruyas ó debilites escesivamente.

III. Quiero que te precavas de caer en ese extremo, y no te prohibo que repares tus fuerzas por el alimento, con tal que nunca te deleites en ello, y que no tengas mas desig- nio que el de fortificar la naturaleza para estar en disposicion de ocuparte todo y enteramente en mi servicio. Porque me servirás si pones tu cuerpo en estado de satisfacer á todo lo que yo ecsija de él, (de él, que es instrumento de mi gracia), y si te hallas siempre

cibidas de Dios, al pensar en el desprecio que de ellas habian hecho, arrojándose en brazos

dispuesta á estar, cuando yo lo quisiere, en la abundancia ó en la escasez, enferma ó con salud. Por lo demas, cuando una enfermedad natural no te obligue por prudencia á tratar tu cuerpo como enfermo, no permitas que la impaciencia, la cólera ó el amor propio te suministren pretextos para salir de las adversidades y aficciones que te envió: sino que abrázalas con una piadosa alegría y súfrelas con larga paciencia sin dejar de mirarme: en una palabra, deja que mi gracia produzca en tu alma bienes por medio de los padecimientos que te afligen, mucho mas provechosos para tí que cualquiera pena que te hubieras impuesto voluntariamente. Jamas permitiré que la tribulacion te acribille y atormente, sino para producir en tu alma algun bien, alguna ventaja espiritual. Esto lo verás siempre que te abandones á mi direccion y sufras sin murmurar ni enfadarte por la tardanza de mis consuelos. Porque yo, aunque llego lentamente, llego siempre, y cuando me crees lejos de tí, estoy mas cerca y dispuesto á socorrerte.

jarte en tu misma, de experimentar complacencia y satisfaccion, como si fueras de algun valor, y como si algo poseyeras ó pudie-

FRUTO.

CUIDADO con irritarte por las aficciones que Dios te envía, las cuales son como otras tantas penitencias que te impone. Si deseas que te conduzca, es menester que confíes en su direccion y Providencia, no teniendo mas apoyo que su Magestad, y renunciando á tu voluntad propia. Lleva alegre y amorosamente las cruces que el Señor te envíe, y no deseches las que los hombres te presenten. Sufre con paciencia cualesquier trabajo y penalidades, y no contentándote con las mortificaciones del cuerpo, sea tu principal ocupacion perseguir tus vicios que te hacen un daño cierto, y domar la rebeldía de tu espíritu.

CAPITULO XXV.

DE LA MUERTE.

I. HIJA mia, acuérdate que has de morir: cuando eres jóven no piensas en esto, y vives, racionas, obras como si no estuvieses condenada á la muerte. Y si alguna vez la nece-

cibidas de Dios, al pensar en el desprecio que de ellas habian hecho, arrojándose en brazos